

asegura en un artículo de ese mismo año, 1973, de "Fantasy and Science Fiction": "Bien, maldita sea, Asimov no usa drogas ni bebe whisky escocés, y nunca lo hizo. Asimov es un adicto al té...".

Si es verdad, en cambio, que contempla fenómenos astrofísicos desde trasatlánticos (y hace muy bien). En la misma revista,

junio 73, cuenta cómo vio el lanzamiento del Apolo XVII ("la lucérnaga más gigantesca de la creación") desde la cubierta del "Statendam", a once kilómetros de Cabo Kennedy.

Ocho trabajos de Asimov en "Fantasy and Science Fiction" aparecen ahora reunidos en "Asimov/Ciencia", libro de bolsillo editado por Bruguera con

introducción de Carlo Frabetti (2).

Cualquiera de ellos daría para un largo comentario. No son relatos de ciencia-ficción, sino artículos científicos con mucha

(2) Asimov: "Ciencia". (Los mejores artículos científicos del maestro de la ciencia-ficción). Bruguera, Libro Blanco 1511-13, 190 páginas, 150 pesetas. Barcelona, 1979. Traducción de César Terrón. Selección de Carlo Frabetti.

imaginación y no poca gracia. Asimov escribe con soltura, en un estilo que a veces recuerda a Baroja. Expone con claridad, casi nunca cansa y el sentido común parece presidir todas sus reflexiones.



Isaac Asimov.

Los trabajos son variopintos: "El fenómeno Eureka" (Arquímedes, Kekulé, etc.). "El triunfo de la Luna" (nuestro satélite como madre de nuestra cultura). "La medida de lo más remoto" (el tamaño del Universo). "¡Oh, perspicaz adivino del futuro!" (predicción y ciencia-ficción). "La estrella de Belén" (eso mismo). "Razonando sobre la razón" (utilización social del coeficiente de inteligencia). El lector interesado en este tema puede ver "El cociente intelectual", Michel Tort, Siglo XXI, Madrid (1977). "Las astronaves fantasma" (ovnis) y "El corolario de Asimov".

Los adictos de Asimov encontrarán no pocos comentarios explicativos de su propia personalidad (por ejemplo: el maestro de la SF nunca viaja en avión), su forma de escribir, la SF, etc. Aquellos a quienes les importa un rábano la ciencia-ficción y aquellos a quienes incluso les molesta, nada tienen que temer.

■ V. M. R.

## Los seres imaginarios de Borges

La palabra precisa, la historia simple que da ocasión a que cada uno la sueñe como quiera es la

## ADIOS A LAS LETRAS

### Los seudónimos

**M**E sugieren que me busque un seudónimo. No quiero. Estoy muy bien así. Cuando vivía en España me pedían que cambiara de residencia, que me trasladara. Una vez hecho esto, alejado de mis amigos y de mis enemigos, me indican que lo que debo hacer es cambiar de nombre.

En un tiempo lo pensé, pero ahora no me da la gana.

Entre los nombres que traté de ponerme para huir de mi identidad asilvestrada estaba el de Miguel de Unamuno, que es uno de los seudónimos más egoístas que a nadie pueda ocurrírsele, pero cuando traté de usarlo me dijeron que ya con ese apelativo suscribía sus artículos un profesor vasco radicado en Salamanca, así que abandoné el propósito.

Luego pensé llamarme Virginia Woolf, sobre todo desde que observé en el diario "El

Virginia Woolf.



Pais" que un tal Juan Cruz le adjudicaba, por las buenas, ciento veinte años de vida a la novelista anglosajona. Pero uno no debe cambiar tan radicalmente de identidad ni asociarse de ese modo con narradores tan longevos.

De modo que busqué otros nombres y me acerqué a las columnas de los periódicos para hallarlos. Entre los que expurgué, se hallaba, claro, el de Eduardo Haro Tecglen, pero quien lo utiliza me aclaró que ése ya es un seudónimo, y que si yo me lo apropié íbamos a confundir demasiado al lector, haciéndole creer que las idioteces caribeñas que a mí se me ocurren, salen también de su pluma. A los seudónimos hay que dejarlos tranquilos, únicos, sonoros, elegantes, solitarios. Si al lector se le confunde, terminará por romper la baraja.

Quise llamarme, asimismo, José María de Pereda, pero Rafael Conte —seudónimo, precisamente, de Pablo Corbalán— me informó que ya ése era el otro nombre utilizado para sus novelas por un pariente gris de Marcelino Menéndez y Pelayo. Buen seudónimo éste, por cierto, para escribir columnas en periódicos de formato largo y columna generosa.

Alternativas obvias a mi nombre habla, por supuesto, pero ninguna tan buenas como las que la prensa diaria me dio durante mi breve estancia madrileña de agosto. Observé muchos y muy atinados seudónimos, como los de Raúl Júcar, José Miguel Ullán, Jiménez Lozano, Fernando Savater, Víctor Márquez, Pedro Altares, Art

Butchwald, Francisco Umbral, e incluso Augusto Asista, aunque me dicen que este último escritor de cartas es el verdadero nombre de un granjero de La Coruña.

Cambiar de nombre lo hacen los escritores que precisan de un alter ego en el que albergar sus recónditas pasiones. Yo soy, claro, silvestre, fotográfico, como las aguas del Caribe. ¿Para qué volver al deseo de buscar un nombre mejor que el que tengo, si tampoco en el seudónimo iba a hallar el aposento de mi personalidad? Los nombres sirven para poner corchetes a los ojos. Los seudónimos sirven para entretejer la vista de nuestros enemigos, hasta que éstos descubren tu identidad y te ponen el nombre que quieren.

Yo, ante tal turbamulta de proposiciones acerca de la necesidad de mi cambio de nombre, sigo de realquilado en mi propio yo. ■ SILVESTRE CODAC.

Miguel de Unamuno.

